

verdadero atentado contra los derechos de Jahweh, único rey de Israel. Fué el mismo Samuel quien recogió el fruto de su obra. Al fin de sus días se presentó a él una diputación de los ancianos de Israel «exigiéndole un rey como el que había entre las naciones». Así nació la monarquía entre los hebreos.

Pareció que Dios mismo dió su aprobación, lo cual acabó de vencer la resistencia de una minoría que formaba el partido conservador. El hecho es que Jahweh reveló al «vidente», que al día siguiente le visitaría el hombre a quien debía investir con la dignidad del principado. El que apareció fué un hombre gigantesco, que pertenecía a la tribu de Benjamín y habitaba en Gabaa, población ocupada entonces por los filisteos. Iba en busca de unos asnos que habían desaparecido de su casa. Sin hacer caso de los asnos, Samuel tomó un poco de aceite, lo derramó sobre la cabeza del recién venido, y así ungido, le presentó al pueblo reunido en Masfa. De esta manera empezó a reinar Saúl, el primer rey de los hebreos, hacia el año 1070 antes de Cristo.

Dejando las facnas campestres de la casa de su padre, que era un rico hacendado, Saúl se entregó a la dura tarea de rechazar a los filisteos y otros pueblos vecinos. Era valiente y cumplió bien con su misión guerrera; pero al valor unía una altivez, que le hizo rechazar la tutela de Samuel y arrogarse las funciones sacerdotales. Al poco tiempo, Samuel le hizo saber que Jahweh le había abandonado. Con esta ruptura quedó deshecha la vida de aquel pobre aldeano, de alma violenta y de naturaleza inculta, incapaz de dominar sus más elementales impulsos. Una gran melancolía ensombreció sus días y sus noches. Para calmarle se hizo venir de Belén a un pastor llamado David que sabía tocar el arpa. Encantado con él, Saúl le hizo su escudero,

pero un día el joven pastor se enfrentó con el gigante filisteo Goliat y le venció. La melancolía se juntó entonces en el corazón del rey con la envidia, una envidia que no se detenía ni ante el asesinato. Salvado por extraños modos de aquella violencia desatada, David se vió obligado a llevar una vida errante por los montes y los desiertos, refugiándose al fin entre los filisteos. Un día éstos intentaron un golpe decisivo contra los israelitas. Saúl les aguardó en el valle de Esdrelón, pero sus tropas fueron diezmadas en parte, y en parte obligadas a refugiarse en las alturas de Gelboé. El jefe prefirió la muerte a la deshonra y se arrojó sobre su espada.

Empieza entonces el reinado más brillante de la historia de Israel. Designado secretamente por Samuel, David fué coronado rey en Hebrón. Al principio fué reconocido solamente por su propia tribu; sólo a los siete años se presentaron a él los ancianos ofreciéndole el gobierno sobre todo el pueblo. Empieza con una victoria completa sobre los filisteos y con la conquista de Jerusalén, donde establece su capital, designándola como centro de la vida religiosa con el traslado del arca. Dirigió luego sus armas contra los pueblos vecinos en campañas siempre victoriosas, extendiendo su dominio desde las fronteras de Egipto hasta Damasco y haciendo de su reino el estado más importante que había por esta época en las cercanías del Mediterráneo.

Tanta felicidad fué ensombrecida durante la última parte de su reinado por una multitud de pruebas y pesares, que salieron del seno de su familia y de su propio corazón. Las desgracias comenzaron con su adulterio. Enamorado de Bethsabé, se la quitó a su capitán Urías, agravando su culpa con el asesinato del marido, a quien mandó cubrir el lugar más peligroso en el asalto de una